

80x80

Coincido a menudo con Josep M. Espinàs en el restaurante Lázaro de la calle Aribau. Hay entre sus habituales tanta gente de letra que no me extrañaría nada que el día menos pensado doña Carmen pusiera un tintero en cada mesa. Es muy agradable eso de frecuentar un establecimiento en el que sabes que a tu lado se encontrará alguien con quien tienes muchas posibilidades de tener en común más de un punto. Quiere esto decir que no son raros los intercambios de mesa, o sea que nunca se sabe con quién se acabará compartiendo mantel; como tampoco es extraño que a la hora del café se monte una tertulia nutrida, variada y amena como las que en otro tiempo hicieron época en los más distinguidos salones. Puedo certificar, con multitud de testigos, que Josep M. Espinàs está en una envidiable buena forma: despierto, irónico, agudo, sabio, con toda la riqueza de su memoria al alcance de la mano y a disposición de los demás comensales.

Espinàs acaba de cumplir ochenta años y de publicar, en una feliz casualidad, su título número ochenta: *Relacions particulars* (La Campana). En sus páginas, Espinàs resume en breves trazos, como en esbozo, concentradamente, el recuerdo del trato que tuvo con seis grandes escritores. Catalanes como Salvador Espriu, J.V. Foix, Josep Pla, Josep M. de Sagarra, y castellanos como Miguel Delibes y Camilo José Cela, a cuyos lomos aparece en la portada, con cara risueña y gesto de *anxaneta*, o de quien celebra haber hecho un *cim*, que el tiempo se encargaría de elevar aún más con el premio Nobel. Se recoge en el libro anécdotas impagables: el Pla que huye a pie camino de Llofriu para escaquearse de dar una conferencia, o el que en la sala de espera de un médico se dirige a la enfermera y con toda la educación –y la sandunga, añadido yo– del mundo le espeta: “Senyoreta, potser aquests senyors que s'estan esperant voldrien prendre una tassa de cafè. I també, potser, una copeta”. Con cuánta razón lamentaba que

desapareciesen los tipos originales. El Delibes que, en las reuniones de los cráneos más privilegiados de Europa en el Formentor de los años sesenta, se mira con recelo tanta sentencia complacida y mesiánica, y les suelta, con “su voz honda y sonora, de monje de abadía que cantaba en prosa”, una apostilla formidable que debió bajar los humos al más envalentonado.

ESPINÀS ACABA
de cumplir ochenta
años y de publicar
su título número
ochenta

Si con Delibes comparte una ética de la literatura, una voluntad de estilo que trata de compaginar las palabras y las cosas, y una admiración por una actitud ante la vida afable y sosegada, lo que le hace aparecer muy cercano y protagonizar las páginas más cálidas, frente a otros, Espinàs apunta una sensación de extrañamiento, lo que no anula en ningún caso una sentida estima. Los curiosos protocolos de Foix o la vida conventual de Espriu le resultan tan ajenos como el histrionismo de Cela, por poner un ejemplo simple, ilustrado, por cierto, en este último caso, con una sensacional historia de putas. En cambio describe con un entusiasmo que sólo se puede calificar de militante –entre otras cosas porque se salta a la torera los *diktats* del mandarínato– su relación con Sagarra, en quien reconoce un modelo civilizado y atractivo de escritor. Pequeño gran libro éste de Espinàs, que posee la gracia de jugarse el todo por el todo, o sea, dar con el personaje sin saltarse la máscara, con un leve trazo. *80x80*: Espinàs sigue dando la talla.●